Liberada

Patricia Pixie

Capítulo 1

En una pequeña habitación, casi tan azul como fría, una pequeña no podía dejar de lamentar su desdicha.

— ¿Papi, dónde estás? —mascullaba Clara, al tiempo que se enjugaba los ojos con su pequeña manita. Los días habían pasado y ella todavía no se había acostumbrado a permanecer todo el día encerrada en ese oscuro cuarto. Extrañaba jugar en el parque con sus amigos, y sobre todo, su antigua vida.

— ¡Ya te dije antier y ayer te repetí que él se fue de vacaciones por un largo tiempo y nos dijo que te cuidáramos! — Le respondió Luis, uno de sus guardianes, a la pequeña en un tono totalmente gélido, manteniendo su corpulenta humanidad en un rincón de la fría habitación— Y si sigues llorando, te juro sobre la tumba de mi mamá que me voy a encargar personalmente de que él nunca te vuelva a ver.

Sin duda, la mayor parte de las niñas menores de diez años, sin importar su nacionalidad, se habrían aterrorizado al saberse solas en la misma habitación que un hombre con el tamaño y la apariencia de un oso furioso, como lo era Luis. Sin embargo, la pequeña Clara distaba mucho de ser lo que la mayoría llama "una niña normal", por varias razones, siendo una de ellas la capacidad de no dejarse intimidar por ningún adulto.

— ¡Mentiroso! ¡Mentiroso horrible! — Bramó la pequeña niña después de escuchar las palabras del hombretón, secando de tajo sus lágrimas y mostrando en segundos cuánta furia es capaz de contener un cuerpo pequeño— ¿Por qué habría él de dejarme encargada con ustedes, si son unos hombres muy feos?— Si él se hubiera ido de vacaciones, no creo que hubiera aceptado irse sin mí

— ¡Ay, por favor, nenita! No te pases de ingenua—se burló Luis— Las promesas de los padres no significan nada para ellos. A mí, el mío me prometió darme estudios, ¡y mira! Antes de los doce años, ya andaba yo matando cristianos con una pistola en el cinto.

— ¡Pero mi papá es bueno en verdad! Por eso estoy segura que ustedes son los que me están mintiendo — Insistió Clara, abriendo sus grandes ojos azules como platos—El tuyo de seguro te mintió porque era un hombre malo, igual de asqueroso y feo que tú. ¿O tal vez eres tú el que me miente al contarme esto, y desde niño eras tan tonto que ni siquiera en la escuela te soportaron?

El robusto hombre dejó entrever una franca media sonrisa, sabiendo que si cualquier otra persona le hubiera dicho algo así, ya no estaría viva para contarlo. Pero al tratarse de alguien como Clara, no tenía otra opción más

que dejar pasar las impertinencias de la diminuta rubia.

— Pues sí, tal vez le atinaste —replicó él después de pensarlo un poco—En parte tienes razón, pero eso no cambia el hecho de que tu papi finalmente se aburrió de ti y te dejó con nosotros. Dijo que iba a volver, pero estoy seguro que no va a ser así. ¿Qué vas a hacer al respecto?

— ¡Y no podría culparlo por botarte aquí! —Interrumpió Saúl, el larguirucho compinche de Luis, entrando a la habitación con un vaso de agua en las manos—Tus rarezas, Clarita, son capaces de meter en problemas a cualquiera. Si no me crees, míranos. Hace un pero de semanas, mi socio y yo éramos los delincuentes más buscados de la ciudad. No había nadie en las calles que se atreviera a desafiarnos o a cuestionar nuestro poder. Y entonces…

— ¡Apareciste tú, niñita! —Interrumpió Luis a su socio en tono socarrón— ¡Nos cambiaste la vida, Clarita! Y ahora, durante estos días nos hemos ido transformado en los sirvientes de una mocosa altanera y mal nutrida. Pero pensándolo bien, no importa. Tengo la sensación de que si todo nos sale bien, muy pronto tú nos vas a hacer muy ricos…

— ¿C-Cómo? — tartamudeó la pequeña, haciendo un esfuerzo supremo para no perder la calma— ¡Vaya si los dos están muy tontos! Él me quiera así como soy. Y además, ni en un millón de años aceptaría trabajar para unas personas tan feas como lo son ustedes. Si tanto les hace falta dinero ¿por qué no se ponen a trabajar, par de flojos?

— ¿Pues qué demonios crees que estamos haciendo, Clarita? —Respondió Saúl taciturnamente, al mismo tiempo que le ofrecía a la niña el vaso de agua y sacaba de su bolsillo una píldora rojiza de aspecto extraño— Somos tan buenos muchachos que te estamos alimentando y dando tus vitaminas especiales para que estés muy bien cuando nuestros amiguitos vengan por ti...Ahora, cállate de una vez y bebe.

— ¿C- Cuáles amiguitos? ¿C-cómo está eso de que me voy a tener que ir con ellos?— Tartamudeó Clara, haciendo una casi imperceptible mueca de disgusto mientras engullía la extraña píldora de color rojo con un poco de agua— No quiero irme con ninguno de sus “amiguitos”. No quiero trabajar para ellos. No los conozco y aun así sé que de seguro son unos tipos igual de malvados que ustedes ¡Quiero a mi papi! ¡Quiero que él venga por mí!

— ¡Ay, mi niña! ¡Tan poderosa y tan jodidamente ingenua! —exclamó Luis, dejando escapar una sonora carcajada—No te estamos preguntando lo que quieres. Es una decisión que nosotros ya tomamos. Para nosotros, eres solamente una niñita fea e insufrible, pero encontramos a un grupo de personas dispuestos a aguantarte hasta que tu papi regrese. ¡Claro! A

cambio de darnos un par de milloncitos de dólares.

— ¡Idiotas! —Musitó entre dientes la pequeña rubia, ahogando entre sus sonrosados labios un pequeño sollozo— Mi papá me va a encontrar antes de que vengan por mí los brutos de sus amigos. Ustedes van a perder este juego, ya verán. No crean que les tengo miedo a ustedes…Ya lo verán. No tienen ni idea de lo que soy capaz.

— ¡Ay, preciosa! —Replicó Saúl con una sonrisita burlona, al tiempo que jugueteaba con la dorada cabellera de Clara— ¿Qué puedes hacer en contra nuestra? Somos dos contra una ratita como tú, y además, de seguro ya lo sabes, pero te recuerdo que es cuestión de segundos para que tu pastilla haga efecto. En medio irónico que lo que alimenta tu cuerpo de monstruo sea lo mismo que te deje tan vulnerable después de comer, ¿no crees? Te vas a quedar completamente fuera de la pelea por lo menos una media hora.

—Piénsalo de nuevo— sonrió Clara con infinita seguridad, justo antes de escupir con coraje la píldora. La había escondido debajo de su lengua sin que ellos lo notaran—Ustedes son tan tontos, que no se dieron cuenta que todo este encierro sólo me hizo más fuerte. Me callé para ver qué tan lejos llegaban, pero ya no puedo más con esto….

—Ya enloqueciste, cariño—afirmó Luis, fingiendo frialdad total, al tiempo que acariciaba con un dedo la pálida mejilla de la niña— Por ser tan mala y respondona, te vamos a tener que dar ahora dos píldoras y a ponerte un bozal como si fueras un cachorrito. Nadie, ni siquiera tú, puede jugar con nosotros ¿Verdad que lo sabes, mocosa hedionda?

—No. Lo único que sé, es que se les acabó el juego. — vociferó ella, al tiempo que levantaba sus dos brazos hacia el cielo, rompiendo en cuestión de segundos las ataduras que la habían tenido sometida durante tantos días. Violentas descargas eléctricas brotaron desde las puntas de sus dedos. Los focos de la habitación estallaron en mil pedazos. Todo se volvió negro para los dos hombres

— ¡Me lleva el diablo! — alcanzó a maldecir Luis con todo su corazón, antes de que las descargas eléctricas redujeran a ambos hombres a cenizas en cuestión de segundos. Aunque la policía llegara en ese preciso momento, no habría manera de que lograran darle explicación lógica a lo sucedido. De la peor forma, esos matones aprendieron que se habían metido con la chica equivocada.